

RECUERDO DE UN BIBLIÓGRAFO: MANUEL HERNÁNDEZ SUÁREZ

Fue Manuel Hernández Suárez un hombre poco conocido y que, sin embargo, realizó una importante labor en el mundo editorial de las islas, en el campo de la bibliografía canaria, siendo igualmente un exquisito bibliófilo que agrupó una selecta biblioteca.

¿Quién fue Manuel Hernández Suárez?

Nacido en Las Palmas de Gran Canaria en 1923, muere en dicha ciudad a los 65 años en 1988; en la documentación del Instituto Canario de Estudios Económicos, figura como vocal, con la titulación de Licenciado en Ciencias Políticas. Fue su vida muy silenciosa, como si hubiese querido pasar por ella sin hacer ruido, casi pidiendo permiso a la vez que perdón, deseoso de no molestar. Así hasta su muerte, acaecida en un viernes santo, cuando la ciudad estaba vacía y no salían los periódicos ese día; sólo un reducido grupo de amigos se pudo enterar y asistir a su entierro, en la más estricta intimidad.

Sin embargo, los que tuvieron la suerte de conocerlo y tratarlo pueden testimoniar otros rasgos suyos que completen los puramente biográficos.

El silencio, las pocas palabras, eran

lema que practicaba a diario. Y ese aislamiento lo dedicaba al trabajo, al que se entregaba muchas horas, en una tarea que, por su naturaleza, requería una gran concentración, unida a una meticulosidad muy refinada. Para ello tenía un espíritu perfeccionista que se traslucía en la calidad de los trabajos que produjo y que era manifiesta, incluso, en su propia escritura: pulcra, ordenada, no escatimando papel, ordenando cada página y marcando con sumo esmero las características tipográficas que tendrían sus manuscritos cuando pasaran a la imprenta.

Mantuvo una estrecha amistad con don Agustín Millares Carlo, al que veneraba y con el que trabajó desde sus inicios en el Plan Cultural de la Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas.

Fueron sus actividades, sus obras, las que nos guían hacia el interior de este hombre, creemos que extraordinario en muchos aspectos. Como la tierra que esconde en silencio la semilla y sin ruidos la conduce a su desarrollo a plena luz, así era la labor de Manolo Hernández. Y si por los frutos podemos conocer al árbol será por las obras por donde podremos conocer la auténtica valía de este bibliófilo y bibliógrafo.

Podemos conocer su fructífera trayectoria intentando abordar y contemplar su trabajo desde un triple aspecto: su labor editorial, su producción bibliográfica y la biblioteca que reunió a lo largo de su vida.

LABOR EDITORIAL

En cuanto a su labor editorial, empezar diciendo que donde quiera que se hallara Manuel Hernández Suárez allí se producían libros. No sabemos si era porque él estimulaba la edición o porque lo reclamaban para llevarla a cabo. Seguramente había algo de ambas cosas.

El primer sitio por importancia donde lo hallamos es en El Museo Canario. Esta benemérita y centenaria institución fue para él su segundo hogar, dedicando muchas horas de su vida a recorrer pacientemente sus plúteos para darnos a conocer los tesoros que encierran.

Dirigió en ella la Colección San Borondón, iniciada en 1966 con aquella antología *Poesía canaria última* de tan

grato recuerdo y hondo significado, y que mantuvo su regularidad hasta 1973.

También en el Museo dirigió la revista homónima de la entidad, tras haber sido durante muchos años su secretario mientras al frente estuvo don Agustín Millares.

Fuera de El Museo Canario, hay dos publicaciones que figuran incluidas en la colección Sabaei, dirigida por nuestro bibliógrafo, cuyo primer título aparece justamente en 1973: *Me hizo Juan Brosa*, para guardar luego un dilatado silencio de tres años cuando el número dos de la colección sale a la luz: *Pildain, Obispo de Canarias. Una biografía inacabada*, debido a la pluma de Gabriel de Armas. Esta obra tuvo un sinuoso caminar en busca de editor, hasta que en esta colección tutelada por Manolo Hernández halló acomodo.

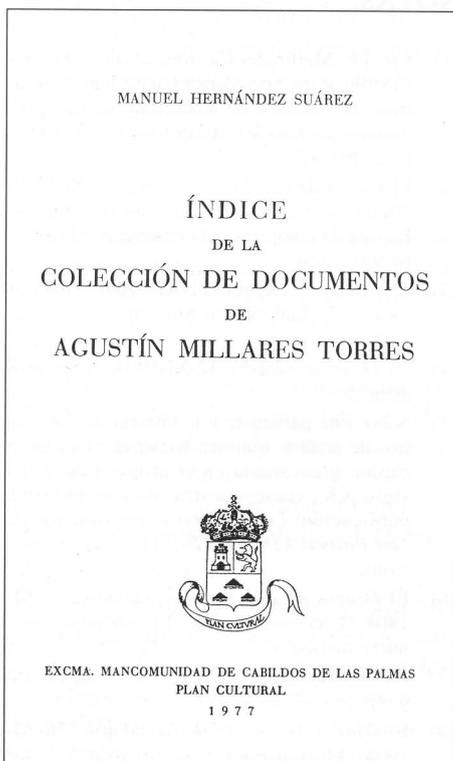
Figura también en calidad de asesor en la que podemos considerar primera empresa editorial profesionalizada en el Archipiélago: Inventarios Provisionales. Dirigida e impulsada por J.J. Armas Marcelo contó con Manuel Hernández en los primeros tiempos a los inicios de la década de los setenta. La editorial tuvo una historia plagada de dificultades, pese a la lista de importantes intelectuales que sucesivamente se integraron en su consejo asesor.

También el Instituto Canario de Estudios Económicos contó con la valiosa colaboración de Manuel Hernández, que fue su secretario. La labor que planteaba aparece recogida en una entrevista que le hicieron, junto a otros directivos, en 1961:

“El Instituto Canario de Estudios Económicos cuenta con una sección de Publicaciones. En principio, ésta ha sido estructurada en las siguientes especialidades:

- Trabajos monográficos.
- Estadística.
- Legislación.
- Traducciones.
- Historia.
- Bibliografía”.

Explica en esta entrevista con algo más de detenimiento los aspectos específicos de lo que él consideraba que debía ser la labor editorial del Instituto.





Con sus habituales gafas oscuras, Manuel Hernández Suárez trabaja en las dependencias de El Museo Canario

Desarrolló, igualmente, su labor editorial en el Plan Cultural. Pero, pese a su intensa comunión con el mundo del libro, su nombre en letra impresa sólo aparece como coordinador del *Boletín de Reseñas Bibliográficas* editado por el Plan Cultural.

Hemos de citar la presencia de Manuel Hernández en el Consejo de Redacción del *Boletín Millares Carlo*, publicación que sustituyó al citado de reseñas a la muerte de don Agustín, y, finalmente, lo encontramos en los inicios del que es hoy consulting canario, EDEI; en efecto: el Equipo de Estudios e Investigaciones Canarias, que era su denominación cuando empezó a emerger, pretendió crear un centro de documentación sobre temas de las islas, publicando los *Dossier Canarias* en los que se recogía el importante acervo documental que logró reunir. EDEIC, acabado en C, hizo su acto de presentación a la sociedad en el Jardín Canario, figurando Manolo Hernández como responsable del sector documental y bibliográfico del equipo.

Su presencia en todos estos grupos redundaba en un estilo de publicar, el suyo, tremendamente cuidado y fruto de sus amplios conocimientos y erudición. Traemos a la memoria la edición facsímil de *La rosa de los vientos*, o el libro de Bernardino de Riberol elogiando la pobreza. Son una delicia y una muestra de su buen hacer.

PRODUCCIÓN BIBLIOGRÁFICA

Si nos acercamos a su producción bibliográfica, Manuel Hernández, además de cuidar la edición de obras no salidas de su pluma, produjo algunos auténticos monumentos en el campo de la bibliografía. Sus primeros escritos en este orden aparecieron en la revista *El Museo Canario*, de los que se hicieron las correspondientes separatas; nos referimos a su *Registro bibliográfico* que no faltó a su cita en la revista a lo largo de unos diez años. Estos registros suponen un importante esfuerzo de lectura, selección y clasificación, para ir dándonos a conocer cuanto se publicara relacionado con las islas; hoy esta tarea, aun siendo ardua y complicada, nos resulta mucho más fácil gracias a los ordenadores, pero en aquellos años cincuenta era una labor tediosa, plagada de dificultades que realizaba Manolo Hernández para abrir y desbrozar el camino a los investigadores.

Su obra más importante, sin embargo, no salió completa a la luz. Hablamos de la *Bibliografía de Galdós*, cuyo primer tomo de 553 páginas (curiosamente dice que el Sumario figura en la página 567, que no existe), recoge toda la producción del ilustre escritor y que editara el Cabildo Insular; en la presentación, como a él le gusta llamar, afirma que trabajó siete años en su confección y que tiene finalizado el segundo tomo, *Bibliografía sobre Galdós*, un tomo ciego ya que aún no ha

visto la luz. En la presentación de esta obra monumental, ocurrió una anécdota que habla mucho de la modestia del autor: no se sentó en la mesa con los que hablaron en el acto, sino que permaneció de pie, entre el público, como si con él no fuera lo que allí pasaba.

Su otra obra, también de envergadura, es la *Contribución a la historia de la imprenta en Canarias*, aparecida en 1977 con el sello editorial del Cabildo Insular; igualmente en la presentación nos habla del largo camino que recorrió para culminarla, reconociendo modesta y prudentemente que no era una obra completa ya que aparecerían nuevos datos que añadir. Recoge en ella el fruto de su investigación que no aparecía en la obra anterior a la suya de Vizcaya Cárpenster, a quien la dedica junto a don Agustín Millares.

Obra suya es también *Índice de la colección de documentos de Agustín Millares Torres*. De todos es sabido que Millares Torres legó a El Museo Canario la mayor parte de su biblioteca y archivo. De este legado forma parte la denominada *Colección de documentos para la historia de las Islas Canarias*, compuesta por veinte tomos encuadernados, tamaño folio, que dan acogida a documentos originales, transcripciones y copias (bien de Millares Torres o de otras personas), impresos (folletos, hojas, periódicos,...) y mapas. Pues bien: de este material hace Manolo Hernández una minuciosa des-

cripción de sus contenidos, completando su trabajo con un índice analítico, pieza fundamental para la consulta de tan valioso acervo documental.

Por último, su otra gran aportación es también dentro del terreno bibliográfico. Se trata de la amplia colaboración que le mereció el figurar como coautor de la extraordinaria segunda edición de la *Bibliografía de escritores canarios de los siglos XVI, XVII y XVIII* de don Agustín Millares, un modelo de minuciosidad y rigor.

SU BIBLIOTECA

Vamos a acercarnos ahora a ese tercer campo que puede ayudarnos a componer ese retrato de bibliógrafo y bibliófilo que fue Manuel Hernández Suárez: su biblioteca.

A lo largo de los años fue haciéndose con una selecta colección de libros, muchos de los cuales mandó encuadernar primorosamente. En los últimos tiempos de su vida, se deshizo de algunos ejemplares valiosos, obligado por las circunstancias. Afortunadamente, fueron instituciones públicas las que adquirieron los lotes de los que se desprendió, poniendo luego a disposición del público tan valiosas ediciones; recordamos, concretamente, la correspondiente a los tomos de la *Bibliotheca Hispana Nova*, de Nicolás Antonio, que adquirió el Cabildo y que él había comprado con anterioridad a la empresa Klaus Reprint, en Liechtenstein.

Son muchas las editoriales que en su biblioteca se encuentran representadas, pero las más abundantes son Alianza, Castalia, Seix Barral, Losada, Revista de

Occidente, Espasa-Calpe, Fondo de Cultura Económica, Gallimard, etc. Por ellas podemos hacernos idea en gran medida de las materias que abarcaban sus preferencias.

En primer lugar, el libro y todo lo que con él se relaciona. Hay tipobibliografías, bibliografías específicas, ejemplares relacionados con la imprenta, el diseño de libros, la encuadernación, catálogos de bibliotecas,... No podemos dejar de citar una colección encantadora, editada por Castalia en la década de los 40, denominada *Gallardo. Colección de opúsculos para bibliófilos*. Eran unos libritos de reducidas dimensiones, numerados, que iban destinados a los bibliófilos, como se desprende de la introducción que figuraba en el número 1 de la colección, la obra de Carlos Asselineau, *El infierno del bibliófilo*:

“Por el nombre glorioso que la encabeza —la máxima figura de la bibliografía española—, por los autores que en ella han de colaborar —Nodier, Ossorio, Lacroix, Burgos, Asselineau, etc.—, por el contenido mismo de los tomos, por su cuidada presentación tipográfica y por el precio asequible a todas las fortunas, puede fácilmente apreciar el lector que sólo intentamos estimular, en la medida de nuestras fuerzas, el amor al libro”.

Otros títulos curiosos de esta colección eran *Los aficionados a los libros viejos*, de Pablo Lacroix, y *Relación de lo ocurrido a dos bibliófilos sevillanos*, de Lorenzo de Miranda. La colección estaba dirigida literariamente por Antonio Rodríguez Moñino y, artísticamente, por María Amparo y Vicente Soler.

Por otro lado, la literatura clásica española cuenta con una nutrida representación en los anaques de esta biblioteca; y, dentro de los variados géneros, la poesía abunda, poniéndonos en la pista sobre la sensibilidad, oculta tras su aparente distanciamiento, que tenía Manolo Hernández.

Importante es su colección de ediciones del Quijote, de distinto valor y presentación.

Otro tema que se prodiga y por el que, indudablemente, se decantaba el interés de este bibliófilo, es Canarias. Hay obras de todo tipo relacionadas con las islas, vistas desde todos los ángulos y no necesariamente producidas aquí; en francés y en inglés, sobre todo, hay títulos que hablan directamente sobre el Archipiélago o indirectamente, al tratar del entorno geográfico o como descripciones de viajeros.

Sus autores preferidos y cuyas obras se multiplican son Cervantes, Maurois, Malraux, etc. Pero sobre todos ellos destacan con caracteres muy relevantes don Agustín Millares Carlo, Benito Pérez

Galdós y Camilo José Cela; de este último hay varias obras con dedicatoria especial a Manolo Hernández e, incluso, diferentes ediciones de un mismo título.

Y, como buen bibliófilo, hay libros e impresos antiguos, más abundantes mientras más se acercan a nosotros en el tiempo. Muchos del XIX, bastantes del XVIII, algunos del XVII y una representación del XVI. Los más valiosos en este orden de cosas fueron aquéllos de los que se desprendió Manolo en su día.

A MODO DE CONCLUSIÓN

¿Qué conclusión podemos sacar, resumiendo todo lo expuesto? No es aventurado sostener que fue Manolo Hernández Suárez un trabajador infatigable en el campo de la bibliografía, que encontraba su solaz en la lectura de los clásicos españoles, en especial sus poetas que daban sosiego a su delicado y sensible espíritu. Amante de su tierra, dedicó especial atención a cuantos temas se referían a ella. Cultivó amistades selectas, como la de don Agustín Millares, Marcos Guimerá o José Miguel Alzola. Investigador de mente sin fronteras, la representación de editoriales que ostentó durante muchos años le permitió acceder a libros prohibidos por la censura, que figuraban sin miedo en los estantes de su biblioteca. Meticuloso y concienzudo en su trabajo, tuvo una producción escasa, pero rigurosa en su planteamiento y metodología, de gran utilidad para los investigadores.

En pocas palabras, un hombre que encontró en el silencio el lugar ideal para desarrollar su gran pasión, el amor al libro.

JUAN A. MARTÍNEZ DE LA FE

REGISTRO BIBLIOGRÁFICO

Recopilado y ordenado por
MANUEL HERNÁNDEZ SUÁREZ



EL MUSEO CANARIO
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
1961-1962